

Motivaciones del cuidado a los más débiles en la vida consagrada

¿Qué motiva a un religioso o religiosa a CUIDAR de los enfermos, ancianos o personas que sufren?

Las motivaciones para cuidar a enfermos y ancianos, puede variar en cada persona o religioso. Se puede hacer por responsabilidad, deber, aprender y crecer como persona o por amor. Pero, realmente qué nos debería mover al cuidado de los demás, de nuestro prójimo que sufre a nuestro lado y cerca de nosotros. ¿Qué nos inspira a cuidar unos de otros, sobre todo, cuando estamos en situación de vulnerabilidad?

He visto con mis propios ojos...

Hermanas y hermanos que se han desvivido en detalles, gestos y dedicación ante hermanas y hermanos que han experimentado la enfermedad o viven la debilidad de la ancianidad, ofreciéndoles tiempo necesario, compañía, bienestar, seguridad y espiritualidad. Son ejemplo y estímulo para una vida fraterna auténtica, a mí personalmente me ha hecho y me hace mucho bien, agradecidos a todas las hermanas y hermanos que cuidan de sus hermanas y hermanos vulnerables.

También he visto, todo lo contrario, hermanos que cuando cae enfermo o es persona vulnerable otro hermana o hermano, sea por su carácter tosco, difícil exigente... se desea y se busca que desaparezcan lo antes posible de la comunidad, justificando que no se les puede atender porque no se dejan o tienen mucho trabajo, interfiere la vida de la comunidad... son conducidos a las enfermerías u otros lugares.

He de confesar que siendo formador de postulantes y novicios siempre quise tener en la comunidad hermanos vulnerables que necesitan de atención con el fin de tomar conciencia de que somos familia y hemos de cuidarnos unos a otros con entrañas de amor y misericordia.

Presentemos algunas motivaciones de fondo que nos ayuden a cuidar al hermano:

1.- El cuidado es un acto de reconocimiento de que el prójimo, el desvalido es hermano y, por tanto, necesita de mí como yo necesito de él, **somos iguales y nos necesitamos**. La igualdad es el reconocimiento de nuestra raíz que nos hace crecer como personas, nadie es más que nadie, ni menos que nadie, somos iguales; una igualdad que se hace en la oblatividad y en la entrega sincera de

cuidarnos como lo que somos: iguales en dignidad, somos creados a Imagen y semejanza de Dios.

2.- El cuidado es un acto de hermandad, no solo somos iguales, sino somos hermanos. Ser persona es ser hermanos. Una hermandad que tiene como referencia la relación personal con el tú del otro, nos hacemos en la relación y crecemos en la relación. No hay hermandad sin relación personal, sin un tú a tú, un cara a cara, donde nos reconocemos unos a otros, aprendemos a comunicarnos y querernos de verdad. La relación es fundamental y la relación nos conduce al encuentro con el otro, es en el encuentro donde aprendemos a abrirnos y entendernos como hermanos que somos. No basta vivir juntos, hace falta la relación, la comunicación y el rico compartir la vida, los gozos y los sufrimientos que tejen nuestro vivir personal y comunitario. La hermandad es el sueño de Dios y ha de ser nuestro sueño. El sueño de Francisco de Asís es que “somos hermanos y el evangelio nos hace hermanos unos de otros”. La hermandad se vive como tal en todas las facetas o dimensiones de la vida, pero se acentúa aún más cuando llega la debilidad o vulnerabilidad de los hermanos y nos cuidamos. El cuidado es un acto hermoso y supremo de hermandad sincera y entrañable, gesto y signo de que nos queremos como hermanos que somos unos de otros. Una hermandad “teológica” porque en la raíz de esta hermandad está en ser hijos e hijas de Dios, hermanos unos de otros, porque Dios se nos revela como Padre único que nos ama y nos hace hermanos, nos sienta a la mesa para participar de sus dones.

3.- El cuidado es un acto de amor compasivo. Jesús presenta este amor compasivo a través de la “parábola del buen samaritano”. Un hombre bajaba a Jerusalén, en el camino es asaltado y golpeado gravemente. Por aquel lugar pasa un levita, un sacerdote... le ven, pero no se acercan, tienen motivos religiosos o sociales que les impiden acercarse, prefieren seguir sus leyes, su seguridad, llegar pronto, no implicarse, pero un samaritano, un extraño, ve al malherido, se acerca, siente compasión y actúa rápidamente, lo toca, lo cura, lo monta en su cabalgadura, lo lleva a la posada, paga para que le cobijen y le cuiden, queda en pasar después... ¿Qué le mueve al samaritano? El amor compasivo. La pregunta de Jesús a los que escuchan la parábola es ¿Quién actuó verdaderamente con misericordia o compasión? Todo lo que hizo el samaritano lo hizo porque en sus entrañas el malherido despertó un amor compasivo. El samaritano se dejó afectar por aquel personaje vulnerable. No hay amor compasivo sino nos dejamos afectar, tocar y acariciar por la realidad vulnerable y sufriente de nuestro prójimo igual y hermano. Por tanto, el cuidado es un acto de amor, no

una obligación o deber. «Cada pequeña cosa que hacemos como cuidadores tiene un impacto enorme en la vida de alguien más».

4.- El cuidado no es una tarea fácil, más bien difícil, pero aprendemos a crecer como personas. El contacto con los hermanos enfermos y mayores nos hace conectar con nuestra propia vulnerabilidad. Es cierto que el cuidado no es una tarea fácil, pero es gratificante en muchas ocasiones, recibes, sin esperar nada a cambio, pero te hace ser mejor persona, comprender más a los demás, estar atento, aceptar las diferencias, acoger las gracias de los hermanos. Cuidar nos ayuda a descentrarnos de nosotros mismos, perder peso en egoísmo y abrirnos al hermano con generosidad.

5.- El cuidado supone cargar con la cruz de mi hermano o hermana, hacer nuestro su dolor y sufrimiento, aceptar con buen ánimo sus heridas y dejar que ellas nos revelen la verdad y el sentir de nuestro hermano. No seremos capaces de cargar con la cruz del otro sino cargamos con nuestra propia cruz. La cruz forma parte de la vida y del seguimiento de Jesús que nos dice ¡el que quiera seguirme tome su propia cruz”, esta es nuestra primera tarea hacer consciente cual es nuestra cruz, ponerle nombre, aceptarla y abrazarla. Este trabajo primero que hemos de hacer nos da lucidez para acoger, aceptar y abrazar la cruz de los hermanos que necesitan ser cuidados en su desvalimiento y vulnerabilidad. Acoger y abrazar la cruz del hermano es un acto de amor, Jesús en el calvario nos revela el gran amor que nos tiene, “no hay amor más grande que el que da la vida por los amigos” (Jn)

6.- El cuidado conlleva la escucha. ¡Qué importante es escuchar al otro en su dolor y sufrimiento! Muchas veces no dejamos hablar, interrumpimos para decir alguna frase o consejo, pero lo que más necesita un hermano enfermo o vulnerable es que se le “escuche”, esto es, dejar que exprese lo que siente, lo que vive por dentro, sus miedos, su rabia, su impotencia, su esperanza... Estamos cerca para escucharle. Muchas veces damos muchos cuidados, pero no cuidamos la escucha. Tendemos a no escuchar, juzgar, cortarle, pensar por dentro “ya sé lo que va a decir”. Hemos de aprender a escuchar, dejar espacio para que el hermano pueda comunicar con libertad y confianza lo que quiera decirnos. Aprendemos mucho de la escucha.

La escucha es un servicio competente. No basta la buena intención. La escucha tiene que ver con la capacidad relacional de dialogar, de acompañar adecuadamente la narrativa, de personalizar en la comunicación.

El papa Francisco ha dicho que la acción pastoral más importante es el “apostolado del oído”. Escuchar antes de hablar (St 1,19).

- **Necesitados ser escuchados: salir y liberarnos**

Necesitamos ser escuchados y cuando somos escuchados somos liberados. No ser escuchados es un drama, porque necesitamos liberarnos. Es vital desahogarse, poner sentido al vivir oscuro del recuerdo de los traumas y del nombrar lo que nos acecha el presente.

En la escucha nos hacemos y nos rehacemos en la narración de la crisis, la fragilidad y la pobreza.

- **Escuchar es una forma de conocer**

Escuchar tiene verbos hermanos como callar y mirar. Es un ejercicio espiritual de hacer silencio y utilizarlo en clave de atención; mirar y recoger los significados que contiene el mensaje que el otro comunica en el encuentro.

- **Escuchar es una forma de humanizar promoviendo la hospitalidad**

Escuchar es una forma de practicar la hospitalidad entre las personas. Decía el papa Francisco: solo prestando atención a quien escuchamos, qué escuchamos y cómo escuchamos podemos crecer en el arte de comunicar, cuyo centro no es una teoría a una técnica, sino la capacidad del corazón que hace posible la proximidad (Ecxhot. Evangelii gaudium, 171).

- **La escucha tiene un precio**

La escucha tiene un precio emocional. Escuchar tiene un impacto emocional en la otra persona y también en el que escucha, pues nos movemos en zonas oscuras de la existencia, donde se percibe la fragilidad, el dolor, las consecuencias del mal, la gestión difícil de los recuerdos... situaciones que absorben mucho sufrimiento.

Una voz interna hace ruido en la herida del sanador. La primera escucha que hay que redescubrir cuando se busca una verdadera comunicación es la escucha de sí mismo, de las propias exigencias inscritas en lo íntimo de toda persona.

7.- EL cuidado requiere el arte de saber acompañar al hermano o hermana en su debilidad. Nadie puede acompañar a otro u otros, si no ha vivido un cierto proceso interior de lucidez. El que acompaña ha de ser un “experto” no sólo en técnicas y recursos, sino en captar el fondo de lo que vive cada persona, tener

olfato e instinto de captar el “quid” vital de la cuestión de las personas. Y para captar este “quid vital” necesitará de la mucha “escucha atenta”, como hemos dicho en el punto anterior.

El acompañamiento es todo un reto que nos pide atención, reflexión y recursos para llevarlo a cabo. El acompañamiento lo podemos definir como una “relación de ayuda”. Vamos a concretar esta mini definición:

- *El acompañamiento como relación*

Dentro del mundo de las relaciones está la del acompañamiento, éste puede surgir por dos situaciones. Una primera, que la persona o el grupo lo pida, porque lo necesita. Una segunda, que tu percibas la necesidad o el momento del otro, y le “ofrezcas” acompañarle. Este acompañamiento requiere una cierta “conexión real” entre ambos, y aquí surge la relación; ¿qué tipo de relación? No se busca ser amigos, ni hacer depender, ni hacernos los imprescindibles... sino sencillamente “entrar en relación”, sin más interés que este, porque “la relación en sí misma” tiene sentido, más allá de la necesidad o de la utilidad. El acompañamiento, ya desde su primer momento, acentúa el primado de la relación, del valor y del sentido hondo que tiene la relación. Destacaría dos notas esenciales de esta relación:

- *gratuita*, no se mide por la rentabilidad
- *significativa*, llena de sentido en sí misma

- *El acompañamiento como ayuda*

Se trata de una relación de ayuda. Esta relación de ayuda tiene mucho de arte y de artista. El artista sabe extraer lo mejor de un trozo de piedra o de madera. Mira la pieza atentamente, la toca, piensa con ingenio e imaginación... conociendo la pieza, comienza el trabajo de desbroce hasta llegar a momentos de mucha más delicadeza y finura, hasta dejar aquel trozo de piedra o madera en obra de arte. El acompañamiento tiene mucho de artista y de arte.

La Escritura nos presenta una imagen que nos puede ayudar a descubrir los elementos principales en el acompañamiento: es la imagen del barro en manos del alfarero:

- *el barro*, la materia prima, el elemento esencial, sin el cual el alfarero no puede trabajar, es la persona a la que acompañamos; es la pieza esencial en todo proceso de cambio y transformación.

- *el alfarero*, cuyo genio y trabajo es de primera importancia a la hora de hacer, es Dios mismo, que va formando a la persona, y la mediación el que acompaña.

- *el vaso*, la forma que se pretende dar al que acompañamos.

El que acompaña debe saber y tener muy en cuenta que la persona es del Señor, es heredad suya, que debe pedir inspiración y tacto para así ayudar a descubrir lo que Dios quiere de cada persona.

8.- El cuidado no es una obligación o deber, es una vocación. Nuestra vocación es recibir y dar amor. Amor que recibimos de Dios y de los hermanos, un amor nutrido en las relaciones y un amor que se da y se entrega gratuitamente a los demás. Nuestra vocación religiosa es ser testigos del amor de Dios en el prójimo y en el mundo, un amor que se expansiona en el hermano debilitado, y si este amor no se expansiona la debilidad se convierte en una tragedia. Nuestra vocación es entrega y se nutre de Jesús que nos da su cuerpo como comida y su sangre como bebida, vida que se entrega totalmente, sin medir, sin escatimar esfuerzos, todo en Él sabe a vida entregada, eso es Eucaristía. Por ello, la Eucaristía es el “lugar teologal” donde no solo aprendemos a vivir vida entregada, sino que comemos y bebemos vida entregada, la de Jesucristo que se ofrece por amor y con amor, amor que es medicina para el cuerpo y para el alma. Por tanto, cuidar a un hermano o hermana es ofrecer, al igual que Jesús, un amor concreto y real, un amor gratuito que no pide nada a cambio. Dar gratuitamente sin esperar nada a cambio, eso es amor.

9.- El cuidado a los demás es una forma de cuidarnos a nosotros mismos. Jesús nos dice que “nadie puede amar sino se ama a sí mismo”. Lo mismo ocurre en el cuidado a los demás, se necesita tomar conciencia de nuestra necesidad de cuidarnos a nosotros mismos. Cuidar nuestro descanso, nuestra comida, nuestro ejercicio físico, necesidades básicas para funcionar como personas y poder ayudar a nuestro prójimo. Nadie puede cuidar bien a su prójimo si uno no ha aprendido a cuidarse a sí mismo. Cuidar a los demás nos conduce a cuidarnos a nosotros mismos, tratamos de cuidar como nos gustaría que nos cuidasen a nosotros mismos. ¿Cómo me gustaría que me cuidasen? Estando cerca de mí, que me escuchen, que me respeten, que me ofrezcan lo que realmente necesitan, que me acompañen en esta travesía, que me quieran sin más... Pues eso que te gusta, has de hacerlo con tu prójimo debilitado por la enfermedad o la ancianidad. Cuidémonos para cuidar mejor a los demás.

10.- El cuidado nos introduce en una dimensión mayor y trascendente: la comunión. El que sufre no está solo, hay muchos otros hermanos y hermanas de la misma congregación, en la Iglesia, en la humanidad que viven situaciones diversas de vulnerabilidad creándose una red que nos conduce a la comunión. La misma oración nos lleva a la comunión de unos con otros. Nos sabemos unidos y en comunión con esta parte de Iglesia y de mundo que sufre, lo hacemos unidos a Jesús que intercede al Padre por todos nosotros. La comunión es una experiencia humana y espiritual que nos une, nos hermana, nos encamina hacia el Padre, donde todos seremos uno con Él, como Cristo es uno con el Padre y el Espíritu. No estamos solos, ni huérfanos, estamos conectados y en comunión con Cristo que nos conduce al Padre del cielo, nos sienta al banquete de su Reino.

11.- El cuidado es dejar que Dios hable y se manifieste a través de nosotros los que cuidamos y también del que es cuidado. Dios está en el que cuida, nuestras manos son las manos del Dios amor compasivo y Dios está en el hermano que cuidamos: “cualquier cosa que hiciste por uno de mis pequeños a mí me lo hiciste” (Mt 25), existe una complicidad y semejanza entre el que cuida y Jesús, entre el que es cuidado y Jesús. Por ello, hemos de dejar que se manifieste Jesús en cada uno de nosotros. El que cuida ve a Jesús en el hermano necesitado y el hermano necesitado ve a Jesús que en cada palabra y gesto de cercanía y auxilio está Jesús mismo. Jesús está en cada uno de nosotros, si dejamos que se manifieste.

12.- El cuidado es un compromiso. Por la profesión religiosa nos consagramos a Dios y lo hacemos en el seno de una familia religiosa en la que nos convertimos en hermanos unos de otros, una hermandad que se comprende como amor mutuo y recíproco, un amor como diría San Francisco “más que materno”, un amor en definitiva que “nos compromete”. No hay amor verdadero sin compromiso. Nos comprometemos con Dios y nos comprometemos a cuidarnos unos a otros, a ser “madres” los unos para los otros, a nutrir nuestra vida afectiva con gestos de cercanía y amabilidad y con gestos de “amor supremo” cuando nuestros hermanos caen enfermos o se hacen mayores, cuando necesitan como lo necesitamos nosotros que se nos cuide y cuidemos a los demás. El cuidado mutuo es un compromiso libre que se adquiere en la profesión religiosa. Todos deberíamos tener en cuenta y leer la fórmula de profesión, pues en ella están los fundamentos de la vida consagrada y uno de ellos es la comunidad. En la fórmula de profesión religiosa de los hermanos menores, se dice: *“me entrego de todo corazón a*

este Fraternidad, para que, con la acción eficaz del Espíritu Santo, guiado por el ejemplo de María Inmaculada, con la intercesión de nuestro Padre San Francisco y la de todos los santos, y con vuestra ayuda fraterna pueda tender constantemente a la perfecta caridad” (CC.GG. art 2). Cada hermano es un don de Dios a la fraternidad o comunidad; por lo tanto, comprometidos en aceptarnos unos a otros como somos. El mismo San Francisco en la Regla no bulada o primera regla, en el capítulo X escribe: “Cuando un hermano cayere enfermo, donde quiera que se halle, no lo abandonen, sino désignese uno de los hermanos o varios, si fuere necesario, que le sirvan como quisieran ellos ser servido; pero en el caso de necesidad extrema, pueden confiarlo al cuidado de alguien que se encargue de asistirle en su enfermedad. Y ruego al hermano enfermo que dé gracias al Creador por todo” (1R X, 1-3).

13.- El cuidado a los hermanos vulnerables se reza y cuando se reza de verdad encontramos una razón profunda, una razón evangeliza honda. Oramos intercediendo por estos hermanos, es decir, los presentamos a Dios, sus nombres los pasamos por el corazón de Dios, pero antes pasan por nuestro propio corazón, una forma de personalizar en nosotros su situación de vulnerabilidad. Como bien dice un autor refiriéndose a Carlos de Foucauld. *“Cuanto más rezaba por mis semejantes más los amaba. Hoy puedo afirmar que mi manera de querer es, fundamentalmente, orando o, lo que es lo mismo, que orar es para mí el mejor sinónimo de amar. Todavía más no concibo un amor que no derive en oración. Lo mejor que puede hacerse por alguien a quien se ama es, sin duda, ponerlo ante Dios; y lo mejor que se puede hacer por alguien a quien no se ama es, de igual modo, ponerlo ante Dios, pues es así como se aprende a amarlo. En realidad, no hay nada mejor que ponerlo todo ante Dios, puesto que sólo entonces aparece en su verdadero y auténtico valor” (Pablo D`Ors, El olvido de sí, pág. 308-309)*

14.- El cuidado a los enfermos y ancianos es una tarea noble y gratificante, que requiera paciencia, dedicación y compasión. Alguien ha dicho que «**Los cuidadores son ángeles invisibles que hacen un trabajo increíble**». Y, es cierto.

